



Herzen State Pedagogical University of Russia  
and the University of California, Merced, USA



The International Conference on *Transcultural and Transmodern Readings*  
*between Eastern and Western Countries*  
April 12-13, 2013 - St. Petersburg (2, Kazanskaya St., Building 4)

---

**Gustavo Perednik, Universidad ORT Uruguay**

"La hostilidad contra los judíos en Latinoamérica a partir de la novela *La bolsa*"

El término *judeofobia* viene difundándose para denominar con mayor propiedad al odio contra los judíos<sup>1</sup>, que es la más universal, perseverante y eficaz de las obsesiones contra grupos. Su singularidad le ha generado una terminología propia y una vasta mitología.

La judeofobia, en contraste con el resto de los odios de grupo, no constituye un género del *desprecio*, sino de la *demonización*. A veces coincide con otros odios en ser discriminatoria, pero mayormente *no es la discriminación* lo que la distingue.

Establecida esta [diferencia](#), puede entenderse mejor que la judeofobia propende con rapidez a la violencia física. Ello es porque las personas no necesariamente están dispuestas a agredir a quienes desprecian, pero sí son proclives a hacerlo contra personajes que despiertan en ellas estereotipos *temibles*. Si el prejuicioso con temor se siente protegido por la ley, por la "ideología", y por las circunstancias sociales, la violencia estallará.

Precisamente, la mitología que ha baldonado a los judíos (ser deicidas, diabólicos, dominadores, sanguinarios, etc.) más que desprecio provoca temor y recelo.

La judeofobia es un fenómeno europeo; desde Europa fue exportada al resto de los continentes, con mayor o menor éxito. En las Américas, tuvo singular éxito en Argentina, el más europeísta de los países de la región.

Por lo antedicho, el rastreo de los inicios de la judeofobia en Latinoamérica no debería reducirse a señalar cuándo hubo alguna vez una expresión de hostilidad hacia los judíos, sino cuándo por primera vez fueron objeto de la demonización que le es privativa.

---

<sup>1</sup> Justificamos el término en *La Judeofobia*, Gustavo D. Perednik, Ediciones Flor del Viento, Barcelona, 2001.

A modo de contexto, indiquemos que los judíos fueron explícitamente invitados a Argentina por el Gobierno, en decreto presidencial del 6 de agosto de 1881, por medio de enviar a Europa al agente José María Bustos a fin de que atrajera a quienes huían de los [pogromos](#) que se habían desatado aquí en Rusia.

Hubo alguna reacción hostil contra esa invitación, incluida la de uno de los máximos próceres argentinos, Domingo F. Sarmiento, en *El Diario* de 1888. Pero a fin de focalizarnos en la judeofobia antes descrita, digamos que su verdadero comienzo es literario y se desprende de la novela *La Bolsa*, publicada en 1891 en el prestigioso diario *La Nación*.

Como explicaremos, la judeofobia tuvo que ver, más que con la novela en sí, con la glorificación que le dedicaron grandes intelectuales argentinos, al punto de que el texto fue por décadas lectura obligatoria en las escuelas.

Al final de la Generación del Ochenta el crecimiento había sido demasiado brusco. En menos de diez años, se había triplicado la expansión territorial, y Argentina comenzó a depender de la inmigración y de la economía europea. La deuda pública alcanzó un ritmo incontenible<sup>2</sup>, y en mayo de 1889 la Bolsa de Comercio fue clausurada, para ruina de numerosos inversores y agentes. La expresión política de la debacle fue la Revolución del Parque que estalló el 26 de julio de 1890.

Su expresión novelística fue una decena de novelas publicadas alrededor de ese año, que tuvieron como tema central el colapso económico<sup>3</sup>, y como epicentro geográfico el palacio de la bolsa.

Se las conoce bajo el nombre de *Ciclo de la Bolsa*<sup>4</sup>, y no se las recuerda por su valor literario, sino por lo testimonial. La primera y más famosa del Ciclo es la mentada *La Bolsa* de Julián Martel. A pesar de que se escribiera inmediatamente después de la revolución, no la menciona, porque no se detiene en cuestiones políticas sino en la transformación étnica de la Argentina, que hizo de la gran aldea de Buenos Aires una ciudad cosmopolita. Su pretencioso subtítulo es en efecto *Estudio Social*.

Julián Martel era el seudónimo de José María Miró (1867-1896) nacido en el seno de la rama pobre de una familia aristocrática. Su pobreza se refleja en uno de los personajes de la novela, Ernesto Lillo, cuya motivación para actuar de corredor de bolsa es precisamente mantener a su madre viuda.

También autobiográfico es el acercamiento de Martel a la bolsa, a los veinte años, cuando apostó al enriquecimiento súbito, esperanza entonces muy difundida. En la

---

<sup>2</sup> *Historia ilustrada de la Argentina*, Gustavo Gabriel Levene, Fabril Editora, Buenos Aires, 1963, páginas 304-305.

<sup>3</sup> Roberto Giusti, *Historia de la literatura argentina*, editorial Peuser, Buenos Aires, tomo III, páginas 399-400.

<sup>4</sup> Son ellas: 'La Bolsa' de Julián Martel (1890, 1891), 'Quilito' de Carlos María Ocantos (1891), 'Horas de Fiebre' de Segundo I. Villafañe (1891), 'Buenos Aires en el siglo XX' de Eduardo de Escurra (1891); 'Contra la marea' de Alberto del Solar (1894); 'Grandezas' de Pedro G. Morante (1896); 'La Maldonada' de Francisco de Grandmontagne (1898); 'Quimera' de José Luis Cantilo (1899); 'Grandezas chicas' de Osvaldo Saavedra (1901) y, más tardíamente, él 90' de Emilio Gouchon Cané (1928).

Bolsa perdió su poco dinero<sup>5</sup>; dos años después, vencido y bohemio<sup>6</sup>, se incorporó voluntariamente al ejército, y en 1888 a *La Nación*, donde apareció su novela, en forma de folletín, entre el 24 de agosto y el 4 de octubre de 1891. Siete años después se publicó en forma de libro, y a la primera edición siguió una larga serie<sup>7</sup>.

Rubén Darío, padre del modernismo en poesía, había llegado a la sazón a Buenos Aires, y comparte con Julián Martel la joven edad y la admiración por la cultura francesa<sup>8</sup>.

Como es poco conocida, es necesario un resumen argumental de la novela. El doctor Glow, exitoso abogado y padre de dos hijos pequeños, es seducido, como muchos en aquel año, por las operaciones bursátiles, que lo empujan a una red de fraudes, empresas imaginarias e inmoralidad. Cuando está por quebrar, su esposa Margarita propone esquivar a los acreedores poniendo el patrimonio a su nombre. Glow por honor rechaza la maniobra y, desesperado, arriesga la última suerte en el hipódromo.

Ya en la ruina y enfermo, recibe una carta de su corredor de bolsa, Lillo, quien anuncia su partida al Brasil para rehacer su vida después de haberse fundido. Glow enloquece, y en su alucinación un monstruo se le acerca amenazante: la bolsa.

El autor moraliza en apartes intercalados, por boca de sus personajes o por intervención directa. Sergio Bagú ha atinado llamarlo "moralismo declamatorio -e irreal- de los malos textos escolares. Esta concepción autoriza a Miró a injertar largos pasajes en cualquier episodio, con el fin de que el lector se mantenga al corriente de la interpretación que el autor hace de los hechos que van transcurriendo y de sus alcances éticos o sociales"<sup>9</sup>.

El objeto del autor es transmitir, más que entretenimiento o belleza, una orientación educativa, con las advertencias propias que podrían emplearse en un marco escolar. Bagú describe de la novela "una filosofía superficial y lacrimógena del fenómeno social de la bolsa, que hace recordar la filosofía de la miseria y del conventillo que iba a aparecer en muchos tangos, treinta años después"<sup>10</sup>.

A pesar de su inmadurez, de la narración despareja, de la inhabilidad del autor para hacer pensar y hablar a los personajes desde su propia mente, *La Bolsa* ha sido comparada con grandes obras, como las de Emile Zola y Honoré de Balzac. Con el primero, posiblemente porque aparece en la misma época que *L'argent*, mediante la

---

<sup>5</sup> En la carta que Miró dirigió a Gregorio de Laferrere, consta que arriesgó sus dineros al juego de la Bolsa.

<sup>6</sup> Introducción de Diana Guerrero a la novela *La Bolsa*, editorial Huemul, Buenos Aires, 1979, página 21.

<sup>7</sup> Miró murió el 9 de diciembre de 1896.

<sup>8</sup> Emilio Herrera, *Los prejuicios raciales en la Argentina del 80: Julián Martel y su novela 'La Bolsa'*, revista Índice No. 2, ediciones del Centro de Estudios Sociales de la DAIA, abril de 1968, págs.104-5. En la página 120 puede encontrarse una semblanza de Julián Martel.

<sup>9</sup> Sergio Bagú: *Julián Martel y el realismo argentino - Una revaloración de 'La Bolsa'*, Revista trimestral "Comentario" No. 12 (julio-septiembre de 1956), Inst. Judío Arg. de Cultura e Información, Buenos Aires, página 30.

<sup>10</sup> *Ibidem*, página 31.

cual Zola fustiga el sistema financiero; con Balzac, porque en *La comedia humana* frecuentemente el motor de la acción es el oro.

Roberto Giusti escribe al respecto que *La Bolsa*, "como ocurre en ciertas novelas de Zola, resulta una idealización al revés de la realidad, pues en ella todo aparece ciego y podredumbre. Más que una acción desenvuelta gradualmente, es una galería de embrollones, usureros, fulleros, tramposos, miserables de toda ralea, sin la mínima conciencia, dibujados a tinta con gruesos trazos cargados. La figura central, el doctor Glow, se mueve indecisa entre la inocencia excesiva y la bellaquería. Ernesto Lillo, su honrado comisionista, bien podría ser una figuración del propio Martel"<sup>11</sup>.

Los mejores críticos pusieron de relieve la baja calidad de la obra y rescataron exclusivamente su carácter de documento de la época.

Uno de los defectos de la narración es la metamorfosis súbita a la que Martel somete a sus personajes. Glow pasa de ser un especulador irresponsable a una víctima; el autor busca victimarios y emite por boca de Glow las imprecaciones del judeófobo francés de marras, Edouard-Adolphe Drumont<sup>12</sup>: "la raza semita, arrastrándose siempre como culebra, vencerá, sin embargo, a la raza aria".

Por ello, Sergio Bagú concluye que *La Bolsa* "no puede incluirse entre las obras de la gran literatura realista argentina del siglo XIX. No creemos que deba utilizarse en los establecimientos de enseñanza sin una crítica adecuada, porque lo contrario sería estimular el mal gusto literario y alimentar el prejuicio y el rencor entre grupos nacionales y religiosos de nuestro país. Creemos sí que este injerto racista que aparece en sus páginas, sin parangón en la producción de su época, sin arraigo ni explicación en la vida argentina de entonces, es suficiente para negarle todo carácter representativo dentro de la literatura nacional"<sup>13</sup>.

Son muchas, y valiosas, las plumas que han opinado exactamente lo contrario, en una muestra de lo que venimos a denominar la "judeofobia embolsada".

Martel echa las culpas a grupos específicos. Los inmigrantes son "parásitos de nuestra riqueza" a quienes ubica como los principales especuladores a lo largo de la cuadra de la bolsa. Es que en un cuarto de siglo la población del país se ha duplicado y más; un tercio de sus cuatro millones de habitantes son extranjeros. Conforman la abrumadora mayoría en las actividades económicas porteñas. Martel aun abulta esas cifras, y atribuye a la presencia de los extranjeros todo mal: "El oro es corruptor. Allí donde el dinero abunda, rara vez el patriotismo existe. El cosmopolitismo, que tan grandes proporciones va tomando entre nosotros... nos trae, junto con el engrandecimiento material, el indiferentismo político, porque el extranjero que viene a nuestra tierra,

---

<sup>11</sup> Giusti, op. cit., págs. 399-400.

<sup>12</sup> Drumont (1844-1917) acababa de publicar *Francia judía* (1886), en el que sostenía que su país estaba sometido al poder de los judíos. En poco tiempo superó más de un centenar de ediciones. Drumont, que militaba en los círculos ultracatólicos, fundó la Liga Antisemita un año antes que Martel escribiera su novela. Fue quien exacerbó el caso Dreyfus; en 1898 fue elegido diputado.

<sup>13</sup> Bagú, op. cit., página 39.

naturalícese o no, maldito lo que le importa que estemos bien o mal gobernados... Se nos ha contagiado este culpable egoísmo importado, a nosotros"<sup>14</sup>.

Pero de entre los extranjeros, los malhechores que traman apoderarse del país y destruir su sentido moral son los judíos, a cuya esencia debe remitirse la degradación nacional.

Ningún personaje importante de Martel es judío; todas las acusaciones son de carácter general. Ello se debe posiblemente a que no ha conocido un solo judío de carne y hueso durante su breve vida<sup>15</sup>, ergo arremete contra el judío imaginado que importa de la literatura judeofóbica francesa. Explica Diana Guerrero: "A lo largo de todo el libro se suceden las ofensas, insultos y calumnias más desagradables a los judíos. Martel introduce de ese modo una corriente de antisemitismo que va a seguir siendo característica de muchos de nuestros escritores nacionalistas posteriores".

Los judíos aparecen desde el primer capítulo de la primera parte. Un francohablante se acerca a Glow en el patio de la bolsa: "se observaba esa expresión de hipócrita humildad que la costumbre de un largo servilismo ha hecho como el sello típico de la raza judía... Vestía con el lujo charro del judío, el cual nunca puede llegar a adquirir la distinción que caracteriza al hombre de la raza aria, su antagonista. Llamábase Filiberto Mackser... Iba acompañado de un joven, compatriota y correligionario suyo, que ejercía el comercio de mujeres... Era además, presidente de un club de traficantes de carne humana...".

Sobre Mackser sabremos que "aquel semita era un enviado de Rothschild, el banquero inglés, que lo había mandado a Buenos Aires para que operase en el oro y ejerciese presión sobre la plaza... Mackser tenía la consigna de acaparar, de monopolizar, con ayuda de un fuerte sindicato judío, a cuyo frente estaba él, las principales fuentes productoras del país". Explica Martel que Mackser "evitaba siempre encontrarse con Carnelli, teniendo un lance personal con el italiano, que estaba destinado a ser su víctima, suerte reservada a todo el que tenga la mala fortuna de entrar en lucha con los judíos".

A partir de esa escena, no hay más mención de los judíos hasta la segunda parte, en la que reaparecen en el quinto capítulo, titulado Jacob Leony, el judío y algunos tipos más. Martel aprovecha este personaje marginal para explicar que "Leony, al casarse con la heredera en cuestión, no hizo sino seguir la costumbre judía, que consiste en acaparar la riqueza por todos los medios, siendo el matrimonio uno de los principales y más explotados".

Mutismo de hebreos, y el autor los trae sólo para el desquicio final, en la discusión entre Glow y Granulillo quien, en otra inesperada transfiguración, pasa de ser un sujeto ruin a un versado apologista de los judíos. El personaje más inmoral, censura empero

---

<sup>14</sup> Herrera, op. cit. páginas 107, 109 y 126. En esta última se explica esa supuesta "indiferencia" del extranjero.

<sup>15</sup> Sergio Bagú señala que "en 1888 sólo entraron al país 8 familias judías y al año siguiente 136 destinadas a Santa Fe y Entre Ríos"; op. cit., págs. 27- 39.

"el odio de raza, ese odio inveterado, cruel, sin motivo..." y dictamina: "No reconozco esa diferencia que se pretende establecer entre unos pueblos y otros..."

El lector no podría identificarse con la débil defensa, sobre todo porque el bueno del doctor Glow llena páginas de odio en medio de citas literales de *La France juive* de Edouard Drumont, pruebas de "que la sociedad francesa está sometida al yugo judío. La América, y especialmente la República Argentina, está amenazada del mismo peligro... ¿Por qué no trabaja el judío?... Vampiro de la sociedad moderna, su oficio es chuparle la sangre. El es quien fomenta la especulación, quien aprovecha el fruto del trabajo de los demás... Banquero, prestamista, especulador, nunca ha sobresalido en las letras, en las ciencias, en las artes, porque carece de la nobleza de alma necesaria, porque le falta el ideal generoso que alienta al poeta, al artista, al sabio..."

Al acusarlos de "envenenar a media América Latina con vinos de Burdeos" y de "monopolizar el tráfico de carne humana, la esclavitud de la mujer", Glow concluye que "es necesario creer en la predisposición hereditaria. La ciencia moderna ha hecho profundas investigaciones al respecto, acreditadas por numerosos ejemplos que no dejan lugar a dudas".

Lo que no deja lugar a dudas es mensaje de la novela, la ponzoña judeofóbica, tristemente novedosa en la Argentina, importada del clima que precedió al affaire Dreyfus (que se extendió entre 1894 y 1899). A pesar de ello la novela fue glorificada por grandes intelectuales, al punto de que el texto fue por décadas lectura obligatoria en las escuelas. La judeofobia embolsada consiste en atacar al judío por medio de ensalzar inmerecidamente a quienes lo atacan.

Una larga apología de Heidegger que no mencione sus servicios al nazismo, o la difusión de la música de Wagner, la poesía de Ezra Pound o la narrativa de Céline, sin agregar en alguna etapa del panegírico reservas a la judeofobia inequívocamente reprobada, tienen el efecto de judeofobia embolsada. Se ponen de relieve las virtudes de los más grandes judeófobos soslayando su vicio, y los incautos terminan heredando el aprecio puro. La consecuencia inevitable es que en algún momento emergerá la judeofobia vulgar y reconocible.

El tono apologético es común en Estrella Gutiérrez y Calino, quienes la proclaman "el mejor documento literario de la época" y en Juan Carlos Ghiano, para quien Martel es sólo "un romántico de juicio apocalíptico". Pero el estudioso que lleva la apología al extremo fue Ricardo Rojas: llama al texto de Martel "Una creación típica argentina, señalando las causas donde realmente estaban... Merece una lectura más asidua y la inscripción de su nombre al frente de una escuela".

No es de extrañar que la tradición laudatoria hacia la novela tuviera como consecuencia que, uno de los empalagados por el elogio a Martel, considerara que también la judeofobia merecía justificación. Así ocurre en efecto con la edición de 1975, con resúmenes históricos y notas explicativas de Luis R. Lescano. Este también

comienza por el aplauso meramente literario y luego se refiere al aspecto moralista de la novela, al que denomina "Denuncia honesta. Testimonio certero"<sup>16</sup>.

Agrega Lescano: "A cargo de la pareja Glow-Granulillo colocará el diálogo sobre el semitismo. Tema tan caro para Miró. No creemos que el autor fuera antisemita. Sus observaciones sagaces, los análisis de las subas-bajas, las especulaciones más descaradas..., la suciedad de la mayoría de las operaciones bursátiles, en fin, todo el movimiento advertido, estudiado, comentado, debió brindarle la seguridad de que eran consecuencia de la actuación de un grupo humano determinado. Miró tuvo la valentía de identificarlo"<sup>17</sup>.

Lescano recoge sin vueltas la tradición que le han tendido los admiradores que lo precedieron y saca conclusiones con naturalidad: "Nadie puede negar la inconducta moral, la apetencia de revancha de los israelitas... Los judíos de Martel piensan que la mejor venganza que pueden inferir a los cristianos es despojarlos de cuanto poseen". Sobre *La Bolsa* se creó una superestructura de docencia y crítica encomiástica más grave que la misma novela que, sin el culto creado alrededor de ella, estaría destinada al olvido y al repudio.

---

<sup>16</sup> *La Bolsa*, editorial Plus Ultra, Bs. As, 1975, página 19.

<sup>17</sup> *Ibid.*, páginas 30-31.